

Alzadoras en el pueblo

ORTELIO GONZÁLEZ MARTÍNEZ

CIEGO DE ÁVILA.—Cuando le tocaron campana, con el huracán Irma corcoveando allá por el Arco de las Antillas Menores, Juan Carlos Peláez Artilés echó lo indispensable en la mochila y le dijo a la esposa: «no sé cuándo pueda regresar».

Fue el miércoles, recuerda, que salió de su casa en El Cartucho y llegó a la unidad básica de producción cooperativa Ernesto Che Guevara, allá por el Cedro, donde las cañas permanecen acostadas y las ventanas de los edificios salieron como disparos.

Arrancó el tractor Yunz y puso rumbo, no a los cañaverales, sino hacia la ciudad de Ciego de Ávila, distante unos 18 kilómetros, para recoger todo lo que pueda enganchar con el graife o campana, como llaman al aditamento que alza la gramínea y la deposita en la carreta o la cama del camión.

Pero esta vez los tentáculos de la alzadora, que simulan las patas de una araña peluda, abundante en los campos de Cuba, no alcanzan la caña. En el medio de la ciudad recogen todo lo que puede coger: ramas, troncos y hasta alguna piedra grande.

Toneladas y toneladas de basura, y escombros de la ciudad levanta todos los días la alzadora y las deposita en las camas de los camiones, porque acá no abundan las carretas. «Los camiones son más rápidos. Cuando llenas uno, ya el otro viene de regreso y no hay chance para descansar. Más de 100 he llenado», comenta.

Dice Juan Carlos que aunque su equipo no es nada raro, ni vino de otra



Juan Carlos seguirá «hasta que sea necesario».

galaxia, los más asombrados son los niños, que se paran del otro lado de la acera y miran hacia la alzadora una y otra vez, y les llama la atención que el tractor este virado al revés; preguntan y Juan Carlos también se asombra, porque en el campo, donde vive, pasa «muy normal, sin aspaviento y la gente ni caso le hace».

«Trabajar aquí no solo ayuda a desahogar la ciudad, sino también espanta la rutina, ves otras cosas y, además, no estás encerrado en esa rutina que es el campo de caña, donde solo estamos el chofer del camión y yo».

Cuenta que después de la llegada de la mecanización, de las combinadas, mucho más productivas y ágiles, las alzadoras casi han desaparecido. «En

mi unidad quedamos dos. Trabajamos alzando caña de semilla o cuando se quema algún campo. Dicen que aquí, en la recogida, somos tres.

«Hay mucho trabajo. Las labores en este y otros barrios de la capital y en los municipios del norte de la provincia (Bolivia, Morón y Chambas) no terminarán en un día, aunque tengo la certeza de que, si seguimos este ritmo, la permanencia de la basura en las calles no demore mucho».

Juan Carlos tiene destreza y acciona las palancas una y otra vez, y la alzadora acata las órdenes. «Yo digo que el trabajo en la alzadora es más difícil que el de una combinada cañera, porque en aquellas manejas y cortas; en estas tienes que hacerla obedecer: una

palanca pa' que agarre, otra pa' que suelte y otra para que se mueva a un lado y a otro, que si pa' riba, que si pa' bajo».

Esta no es la primera vez que lo movilizan, aunque sí admite que como Irma ningún otro. Mide la intensidad de los vientos por lo que deposita en la cama del camión, por lo que hay en el suelo. «¡Qué cantidad de árboles robustos, de troncos gordísimos, de ramas partidas, de escombros!».

Y como las autoridades han hecho un llamado a la unión de todas las fuerzas, Juan Carlos seguirá «hasta que sea necesario». Por lo pronto, la noticia más agradable que recibió este guajiro de pura humildad fue que a su casa de tablas y techo de guano Irma no pudo llevársela.



Con sus tentáculos, la alzadora es una rara avis en la ciudad. FOTOS DEL AUTOR

Los ciclones también se heredan

DILBERT REYES RODRÍGUEZ

BAYAMO, Granma.—Las islas tropicales, dicho por el mundo entero, son sitios paradisíacos. Sin embargo, tal parece que el equilibrio natural les compensó la tanta gracia con el azote nefasto de los ciclones.

Por tanto, quiérase o no, cada generación de esta franja conocerá el embate de alguno de ellos, desde cerca o desde lejos, bajo el ojo o a sus pies, porque en el trópico los ciclones se heredan.

No obstante, si de algo sabe el cubano es de resistir y reponerse. Sobre todo después del cambio de enero de 1959, en que el pueblo importó más que cualquier riqueza, y el Flora fue la lección decisiva a costa de centenares de vidas.

Desde entonces, aprender a defenderse se convirtió en prioridad. No a enfrentarlos, porque nada detiene la furia del paso de un huracán, pero sí a resguardarse y luego reconstruir.

La huella de un huracán al amanecer siguiente es algo desolador, triste cuando se está solo apartando escombros, rescatando del agua lo que no voló, doliéndose en el recuerdo de la casa completa, no en pedazos.

Por eso en tantos años aprendimos también que lo mejor, al día siguiente, es impedir que alguien se sienta solo, haciéndole saber que la huella visible de un ciclón puede borrarse, porque un lugar arrasado, sea ciudad o pueblo de pescadores, se convierte en capital de cuanto cubano puede asistir y ayudar.

Eso se hereda también, la disposición tremenda del obrero para irse lejos de casa por un tiempo que no sabe, porque allá hubo desastre y en su patio no, o fueron leves las heridas acá, las restañó, y partió a donde duelen todavía.

Hará casi un año que Cuba rodó, voló y navegó hacia Baracoa y Maisí, y hoy desde allá viaja Guantánamo hacia el resto de Cuba, como lo hacen desde Granma, Santiago, Las Tunas, Pinar del Río, decenas de caravanas de electricistas, constructores, telecomunicadores...

A las cinco de la mañana de este miércoles, en Bayamo, Luis Manuel Santi se montó en su camión para un viaje largo rumbo a Caibarién. Tiene 62 años, «una cuenta que puedo llevar», cosa que no puede hacer con los kilómetros de cables telefónicos que han pasado por sus manos.

Es liniero de Etecsa, fundador de la

entonces Empresa Integral de Comunicaciones nacida en 1976. Con tantos años de trabajo ya perdió otras cuentas.

«Ni me acuerdo en cuantos lugares dañados por los ciclones yo he estado. Siempre voy, por la experiencia, claro, pero hay algo que me invita, porque siempre pasan cosas que lo emocionan a uno, y hasta te hacen sentir orgullo».

«La gente siempre se acerca, para preguntar de dónde vienes, que eso está lejos, que gracias, muchas gracias; mire, cómate esta meriendita, o este trago de café. Y tú aunque no tengas hambre, lo aceptas, porque esperaron a que bajaras del poste... y porque te conmueve, chico».

El camión de Santi era el número diez en una caravana de 15 carros, entre grúas, barrenadoras, autos ligeros de servicio. Una fila larga que salió desde Granma a Villa Clara, «que es la provincia que nos toca restaurar a los granmenses, y hasta que no quede «entera» no viramos», dice Fofi, como lo llaman todos, o Rodolfo Olivera, según su solapín de director territorial.

«Vamos por ahora 61 operarios, a diagnosticar, rescatar lo posible y emplazar lo nuevo que haga falta; pero si en el terreno es preciso duplicar la

fuerza, aquí se queda lista para mandarla a buscar».

Santi arranca el camión número diez, cuando un claro anuncia la prontitud del sol, y con la boca me indica hacia un muchacho: «Es nuevo. Va por primera vez».

Lo alcanzo en el tercer carro de la caravana, colocando sus botas y su casco. «Me llamo Yonmailer Turro. Tengo 24 años».

Es de Pílon, pero trabaja en Manzanillo como reparador c. Explica que es el que hace la instalación final, entre la caja terminal y el teléfono en la casa. «Le decimos la última milla» y sonrío, sin sospechar lo que eso significa en otros lares.

Al preguntar lo que espera encontrarse, dice que lo vio en televisión, «tremenda rompezón, bien difícil», pero que esa situación lo hará crecerse, «sentirme útil, porque dicen los colegas que la gente te agradece mucho. Imagínate tú, yo que soy de los que dice al cliente: su teléfono está listo. Eso me gustará. Bueno, ¿y a quién no?».

Santi va en el camión diez a su enésimo ciclón. Yonmailer a su primero, en el carro tres. Es una manera hermosa de heredar ciclones.